

A black and white photograph of a dense urban rooftop scene. The foreground and middle ground are filled with various rooftops, some with satellite dishes, solar panels, and chimneys. In the background, a prominent church tower with a dome and spire rises above the buildings. The sky is clear and light-colored.

20 gramos de arsénico

Carlos Maza Gómez

20 gramos de arsénico

Carlos Maza Gómez

© Carlos Maza Gómez, 2012
Todos los derechos reservados

Índice

La confesión	5
Ramón Santos	15
M ^a Ángeles Mancisidor	25
Los elementos del drama	39
La muerte de Dionisio	49
La nueva explicación	59
De cara al juicio	69

La confesión

Era la media tarde del 16 de diciembre de 1916. Sábado. El fin de semana había borracheras, agresiones, alguna reyerta, un marido que daba una paliza a su mujer. En suma, casos habituales que no merecían apenas la atención de los reporteros. Así se llamaban entonces a sí mismos los periodistas de ahora, siempre en busca de alguna noticia relevante que llevar a sus redacciones antes de cerrar el día.

Fue entonces cuando llegó un hombre hasta la Dirección de Seguridad. Era de mediana estatura, aspecto distinguido, vestía bien, no parecía un cualquiera. Los reporteros se inquietaron ¿quién era el que, tras entrar por la puerta, se había dirigido a uno de los guardias? Parecía nervioso. Alguien comentó que vendría a interponer una denuncia por robo o cualquiera sabe qué. Pero los oídos ya estaban alerta.

Preguntaron al guardia. ¿Qué quería ese señor? Él se encogería de hombros: No sé, ha preguntado por el comisario jefe, creo que le va a recibir de inmediato. Algo traerá pero no sé decirles, señores, hagan el favor que no se puede pasar. Sabían que, desde hacía poco, había instrucciones precisas para que la prensa no entrara en determinadas zonas de la Dirección de Seguridad, en particular la Brigada de Investigación Criminal donde se situaba el despacho del comisario, el Sr. Fernández Luna.

Aquel hombre había sido recibido, efectivamente. Los reporteros prestaron atención. La tarde avanzaba y no había

apenas nada que reseñar. Cualquier motivo para volver a la redacción con algo en la cartera sería bienvenido.

Al cabo de unos minutos asomó a la puerta de su despacho el mismo comisario. Habló con los guardias que allí había. Pareció darles órdenes porque enseguida se pusieron en marcha saliendo del edificio. Algún trámite había que hacer. ¿Tal vez detener a alguien? ¿Ese señor había venido a denunciar algún delito y se iba en busca del culpable?

Un reportero prestó su fino oído a la conversación en la puerta. El comisario dijo en voz más alta: “Que nadie me interrumpa por ningún otro asunto”. La denuncia parecía ser grave, los reporteros preguntaban sin éxito, discutían posibilidades, paseaban inquietos atisbando cualquier novedad.

Al cabo de un rato volvieron los guardias. Les acompañaba una mujer joven. Vestía también de manera elegante, aunque con sencillez, se cubría con un abrigo de terciopelo. A partir de entonces la mujer sería considerada de cierta belleza, mucho atractivo, aunque con un punto de tosquedad en su físico y, sobre todo, en sus ademanes bruscos. Venía algo convulsa, al borde de las lágrimas, ahogando un sollozo. Los reporteros estaban excitados, aquí había una noticia y podía ser una buena para llenar las páginas del periódico vespertino, desde luego de los matutinos del domingo.

El posible denunciante había sido trasladado mientras tanto a otra habitación, de manera que el comisario recibió a la mujer a solas. Poco después, un guardia trajo del brazo al hombre para que entrara también. “Un careo” dijo alguien,

“el señor comisario está confrontando las declaraciones”. “Yo diría que él la ha denunciado a ella” añadió otro. Todos coincidieron en que era lo más probable.

Seguían pendientes de la puerta del despacho. Al fin, ésta se abrió. Varios guardias llevaban al hombre y a la mujer, escucharon claramente que iban al Juzgado de Guardia, en la Casa de los Canónigos. Los reporteros se adelantaron. Querían saber, preguntar. El guardia de mayor rango los detuvo: “No pueden preguntarles. Van incomunicados”. De manera que los interesados fueron en grupo hacia el Juzgado, a la búsqueda de los primeros datos, que se resistían a caer. ¿Quién era esa pareja? ¿Por qué el propio denunciante iba detenido?

El juez de turno era el Sr. Robles. Recibió a los detenidos, leyó con atención el oficio policial que le había enviado el comisario jefe. No lo dudó: “Que vayan a los calabozos” dijo a los guardias de la judicial, “incomunicados”. El suceso era grave, sin duda.

Los reporteros, para entonces, a base de preguntar a unos guardias y a otros, empezaban a conocer más detalles. Siempre terminaban sabiéndose, aquello del secreto de las actuaciones y del sumario no existía por entonces. A cambio de unos cigarrillos, un vino a la salida del trabajo, un rato de charla, los guardias resultaban la principal fuente de información.

Entonces llegó una mujer joven, bonita, llorando. Preguntó por su hermana María Ángeles. Le dijeron que tendría que dirigirse al señor juez, que la estaba esperando. Pero antes los reporteros la rodearon. Se llamaba Josefa, vivía

con el matrimonio que acababa de ser preso. Su hermana se llamaba María Ángeles Mancisidor Aquino y estaba casada en segundas nupcias con el hombre que estaba en el otro calabozo: Ramón Santos Marracci.

Él era cirujano dental, tenía una consulta y gozaba de una posición estable, aunque no muy boyante económicamente. Ambos se habían conocido hacía ocho años al menos en Santander pero no habían llegado a establecer una relación sólida. De hecho, Ramón había marchado a Valencia para abrirse camino en su profesión, al parecer. El caso es que volvió a Santander y los dos reanudaron su relación.

Sólo existía un problema, pero era grave: M^a Ángeles se había casado mientras tanto con un trabajador modesto de Bilbao: Dionisio Campos Alegría. Los tres habían establecido una extraña relación, según parecía, donde el dinero lo proporcionaba el amante. Los detalles no estaban nada claros. En algún momento el marido se había ido a La Habana intentando hacer fortuna pero, extrañamente, había dejado a su mujer y los dos hijos pequeños del matrimonio, a cargo del amante.

No contentos con esta situación irregular, Dionisio había vuelto muy enfermo de Cuba alojándose en Madrid, justo en la casa de la pareja formada por su mujer y Ramón. Realmente, la situación no podía imaginarse más irregular. De todos modos, por entonces Madrid conocía una amplia relajación de costumbres en ese sentido. Ciudad de aluvión desde hacía tiempo, tierra de oportunidades para muchos que emigraron allí desde pueblos de toda España, los sagrados

lazos familiares no parecían muy firmes. Las parejas, sobre todo de la clase baja, convivían sin casarse, tenían hijos fuera del matrimonio, se encargaban de ellos o los colocaban en la Inclusa o a algún familiar que permaneciese en el pueblo. Mientras tanto, seguían intentando salir adelante. Había hombres trabajadores como mulas, otros que gustaban de obtener algún dinero fácil. Los jóvenes más favorecidos chuleaban mujeres, otros sacaban la navaja con suma facilidad para despojar a los pequeños burgueses cada noche. Atracos, reyertas entre borrachos que se dirimían con la muerte de alguno de los contendientes, cadáveres que se encontraban en el arroyo por la mañana, mujeres que cerraban la puerta a sus maridos cuando regresaban desde la cárcel, maridos que se tomaban venganza de algún desprecio.

Nada era completamente inusual, sobre todo en los barrios más empobrecidos, aquellos que habían crecido desordenadamente en décadas anteriores, al mismo ritmo que llegaban los españoles desde tantos pueblos para malvivir en chabolas o casas sin servicio alguno, con calles enlodadas en invierno y asfixiantes en verano, descampados plagados de ratas, aguas infectas que mandaban a la tumba a muchos niños por diversas enfermedades.

Todo eso era conocido de los madrileños, como la cantidad de pordioseros que anegaba las calles más céntricas. Pero junto a ello había un Madrid comercial que planeaba abrir grandes avenidas, se hacían múltiples negocios, empezaban a crecer las fábricas en el extrarradio, se diseñaba la primera línea de un tren que iría por debajo de tierra. Mientras tanto, los tranvías llevaban a la gente más modesta

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

